

EL DEFENSOR DE CORDOBA

DIARIO CATÓLICO DE NOTICIAS

Redacción, Administración é Imprenta: Calle Ambrosio de Morales, 6.—Teléfono, núm. 70

Año XVII

Jueves 1.º de Abril de 1915

Núm. 4.744

Número



Extraordinario



DE

Semana Santa

Juan de Guzmán

Precio: 10 Céntimos

Semana Santa en Córdoba

EN LA CATEDRAL

VIERNES SANTO.—A las cinco de la mañana. Sermón de *Pasión* que predicará el M. I. Sr. D. Fidel Bermejo y Cerezo, Canónigo.

A las nueve, los Divinos Oficios, en los que oficiará el Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis. *Pasión* que cantarán los Sres. D. Fernando Rodríguez Martín, D. Leopoldo López Malo y D. Francisco Alvarez Baena. Procesión desde el *Monumento* con asistencia de la Corporación municipal.

A las cuatro y media de la tarde. *Completras y Tinieblas. Lamentaciones* a canto mixto, con acompañamiento de melodía. Primera lamentación, cantada por don Rafael Rodríguez; segunda, por D. Felipe Hernández, y tercera, oración de Jeremías, por D. Fernando Rodríguez Martín.

La procesión del Santo Entierro hace estación en esta Santa Iglesia Catedral, siendo recibida y despedida por las Comisiones Capitulares nombradas con tal objeto.

SÁBADO SANTO.—A las ocho y media de la mañana. Los Solemnes Oficios del día. *Angélica* cantada por don Fernando Rodríguez Martín.

A las diez. Misa en *sol mayor*, a cuatro y ocho voces, con órgano obligado, del maestro Sr. Gómez Navarro. *Laudate Dominum*, a cuatro y ocho voces, con órgano obligado, del mismo maestro. *Magnificat*, a cuatro voces y órgano, del maestro Soriano Fuertes.

En los Oficios de este día se hará la bendición del cirio pascual y pilas.

DOMINGO DE PASCUA.—A las nueve de la mañana. Misa de Pontifical y Bendición Papal, en la que oficiará el Prelado de la Diócesis y predicará el M. I. señor Canónigo Magistral D. Juan E. Seco de Herrera. Misa en *re menor* con coros y *Sequentia* a grande orquesta, bajo la dirección del maestro Sr. Gómez Navarro.

DIVINOS OFICIOS EN LAS PARROQUIAS

San Pedro.—Viernes Santo, a las diez y media. Sábado, a las ocho. Domingo de Pascua, a las ocho y media.

San Francisco.—Viernes Santo, a las nueve. Sábado, a las ocho y media.

Santiago.—Viernes y Sábado Santo, a las ocho. Domingo de Resurrección, a las ocho y media.

San Lorenzo.—Viernes Santo, a las siete. Sábado, a las siete. Domingo, a las ocho.

Santa Marina.—Viernes Santo, a las nueve. Sábado a las ocho.

San Andrés.—Viernes Santo, a las ocho. Sábado, a las siete. Domingo, a las ocho y media.

San Miguel.—Viernes a las ocho y media. Sábado a las siete. Domingo, a las ocho y media.

San Nicolás.—Viernes Santo, a las nueve. Sábado, a las ocho y media. Domingo a las ocho y media.

El Salvador.—Viernes Santo, a las diez. Sábado, a las ocho y media. Domingo, a las ocho y media.

San Juan (Trinidad).—Viernes Santo, a las diez. Sábado a las ocho y media. Domingo de Resurrección, a las ocho y media.

San José (Campo de la Verdad).—Viernes, a las siete. Sábado, a las seis. Domingo, a las ocho.

EN OTROS TEMPLOS

Santa Ana.—Viernes Santo, a las nueve y media. Sábado, a las siete.

Asilo de Madre de Dios.—Viernes Santo, a las seis.

San Agustín.—Viernes Santo, a las ocho. Sábado, a las ocho y media.

Capuchinas.—Viernes, Sábado y Domingo, a las siete.

San Cayetano.—Viernes Santo, a las ocho. Sábado, a las siete. Domingo a las cuatro.

El Cister.—Viernes Santo, a las ocho y Sábado, a las siete.

Corpus Christi.—Viernes Santo, a las siete y media. Sábado, a las seis y media.

Santa Cruz.—Viernes Santo, a las siete. Sábado, a las seis.

Los Dolores.—Viernes Santo, a las siete.

La Encarnación.—Viernes Santo, a las nueve y media. Domingo, a las seis.

Esclavas del Sagrado Corazón (vulgo Reparadoras).—Viernes Santo, a las diez. Sábado, a las siete.

San Hipólito.—Viernes Santo, a las ocho. Sábado, a las siete.

Santa Isabel.—Viernes Santo, a las ocho. Sábado, a las seis y media. Domingo, a las siete y media.

Santa María de Gracia.—Viernes Santo, a las siete.

Santa Marta.—Viernes Santo, a las diez. Sábado, a las ocho. Domingo, a las siete.

La Merced.—Viernes Santo, a las siete.

Palcos de Gracia. Religiosos Trinitarios.—Viernes Santo, a las nueve. A las cuatro, procesión con la imagen del Santo Cristo de Gracia. Sábado, a las ocho. Domingo, a las nueve.

San Pablo.—Viernes Santo y Sábado, a las siete.

San Pedro Alcántara.—Viernes Santo, a las seis y media.

La Piedad.—Viernes Santo, a las seis y media. Sábado, a las seis. Domingo, a las siete.

Salesianos. Capilla de María Auxiliadora.—Viernes Santo, a las nueve.—Sábado, a las siete y media.

Servicio Doméstico.—Viernes y Sábado, a las seis. Domingo, a las seis y media.

Santa Victoria.—Viernes Santo, a las once.

Ejercicio de las Siete Palabras

En *San Hipólito*, a las doce del Viernes, el ejercicio de las Siete Palabras, que predicará el R. P. Benito Zaro, S. J.

En *San Pablo*, a las doce del Viernes, el ejercicio de las Siete Palabras, terminando con bonitos y piadosos cánticos.

Adoración Nocturna

En la noche del Jueves al Viernes Santo, cada turno tendrá Vigilia en Iglesia distinta.

Otros Cultos

Santa Marina.—El Domingo de Resurrección, fiesta solemne a las diez, con sermón. Después procesión del Resucitado.

Hijas de María Inmaculada. Servicio Doméstico. José Rey, 18.—El Jueves, a las cinco de la tarde, sermón de Institución por un Padre de la Compañía de Jesús. El Viernes, a las dos, sermón de Pasión. Predicará D. Antonio Rodríguez Pina, Párroco del Sagrario.

EL DEFENSOR DE CORDOBA

DIARIO CATÓLICO DE NOTICIAS

Redacción, Administración é Imprenta: Calle Ambrosio de Morales, 6.—Teléfono, núm. 70

Año XVII

Jueves 1.º de Abril de 1915

Núm. 4.744



LA ORACIÓN DEL HUERTO

El huerto de Gethsemaní

Estaba la noche en la mitad de su carrera: la luna despidiendo sus lígubres resplandores parecía en la inmensidad de los cielos la pálida antorcha de vasto panteón donde reposan los restos de un poderoso monarca. Divisábanse acá y acullá en la azulada bóveda algunas estrellas cuya brillante luz se eclipsaba de vez en cuando con el brillo del astro nocturno; la ciudad de David, sus baluartes, sus encumbradas torres, sus alcázares, su templo, presentábanse confundidos en tenebroso grupo, cual fúnebres espectros que en las sombras desplegaran sus miembros de gigante. Los metales heridos por los rayos de la luna, relumbraban tal vez con algún reflejo, como feble llamarada que se exhala de la lobreguez de las tumbas ó siniestro fulgor de acero blandido en las tinieblas. Las aguas del Cedrón murmulaban sordamente y los ecos del valle respondían al ruido; hubiérase dicho que los reyes enterrados allí despedían algún lamento desde la hondura de sus sepulcros.

Con ala medrosa, leve airecillo osa sacudir apenas las ramas de los árboles; divisábase tres hombres en un grupo, que medio tendidos en el suelo, manifiestan dificultad de mantenerse velando. ¿Qué hacen allí? ¿son viajeros extraviados á quienes sorprendiera la noche en medio de su camino? ¿abrigaban quizás malvada intención, acechando el momento oportuno de satisfacer una venganza, ó de acometer al desprevenido viandante?... Más allá, no muy lejos, cuanto alcanza el breve trecho de una piedra arrojada, descúbrese una sombra inmóvil... Acercaos; veréisle en humilde composición, hincado de rodillas, orando con fervorosa plegaria; pintado en su semblante el raudal de tristura y de dolor que inunda su angustiado pecho: su alma está triste hasta la muerte. Tiene á su vista el cáliz dó rebosa la terrible justicia de un Dios indignado: el espíritu está pronto, pero la carne es flaca. Levanta al cielo sus ojos, y dirigiéndose al Padre celestial, con inefable ternura le dice: «Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; mas no se haga mi voluntad sino la tuya»; así dijo y sumido otra vez en el silencio de la meditación, aparaba ya en espíritu las acerbas heces del cáliz más terrible.

Entre tanto no olvidó su amor á sus predilectos discípulos: se levanta, se les acerca, y reconviéndolos con dulce cariño, les exhorta á que oren con él siquiera un momento: «¿Una sola hora no pudisteis vigilar conmigo?» Indulgente, se aparta el mansísimo Cordero, los deja que disfruten de reposo, mientras Él para salvarlos tiene destrozado el corazón. Enderézase de nuevo el punto escogido, y comenzando otra vez la sentida plegaria, invoca á su Padre celestial para que aparte si es posible el formidable cáliz. Y otra vez se le acerca, y los encuentra dormidos; y dejándoles torna de nuevo á orar, para que pase de Él, si es posible, el amargo cáliz; pero de tal manera que no se haga su voluntad, sino la del Eterno Padre.

¿Qué pesares tan dolorosos ocupan su mente! ¡qué agobio tan angustioso oprime su pecho! ¡qué congojas de mortal agonía despedazan su alma, pues copioso sudor de sangre baña el sacro rostro y corre en arroyo hasta el suelo! ¡Ah! que está viendo el Gólgota la horrorosa cumbre, y la afrentosa muerte del madero, y la burla del soldado, y el escarnio y feroz insulto del despiadado fariseo! ¡Ay dolor! y está viendo también las angustias de una Madre amorosa, que sin alivio, sin consuelo, sin amparo, andará confundida entre las oleadas del numeroso pueblo, oyendo los furiosos alaridos de una plebe sedienta de sangre! De una Madre que está oyendo el ruido de las armas y el sonar de las trompetas, y sufriendo el brutal empujón del satélite que con desprecio y altivez le vea acercarse al Ajusticiado! Marcha á morir, á padecer el último tormento; pero conserva apenas la figura de hombre; no tiene parte sana, desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza. Le desnudan, dislocan sus huesos de manera que pudieran contarse; tujan la suerte sobre sus vestidos, le relajan á que descienda de la cruz y se salve.

Pero ¡ah! que no son únicamente los dolores que va sufrir su cuerpo lo que llena hasta rebasar el terrible cáliz de amargura.

El porvenir preñado de infaustos sucesos, negro como nube tempestuosa, prometiendo todavía tráficos al infierno, merced á la ceguera y perversidad del hombre, se despliega con toda claridad á los ojos de Jesús; y la luz divina que penetra hasta lo más hondo de aquella oscuridad, sirve á presentar en toda su viveza la ingratitude y los crímenes que desperdiciarán para tantos y tantos el infinito precio del rescate pagado con la sangre de un Dios.

¿Véis cuál destrozan la túnica inconsútil las sacrílegas manos de un soberbio, que con vano cavilar atenta contra el cielo, blasfemando de aquella *Generación* que la lengua del mortal no puede *narrar*, de aquel Verbo que era ya en un principio, y estaba ante Dios, y era Dios, por quien se han hecho todas las cosas? ¿no véis cómo en la astuta maraña se encuentra enredado el mundo entero y asombrado del error en que ha caído, se apesara y gime? ¿no véis cómo beben el mortífero veneno numerosos pueblos llamados á la luz de la verdad, preparando larga serie de desastres á la Esposa del Cordero? De entre los escombros de las escuelas pulverizadas renacen como pestíferos insectos los febriles delirios que en su fiera altivez apellidara el hombre prodigios de concepción vasta y elevada; el Hijo de Dios padece y muere para iluminar y salvar el mundo; y la vanidad, y el orgullo, y la ambición se conjuran para hacer inútiles tanta dignación y misericordia!...

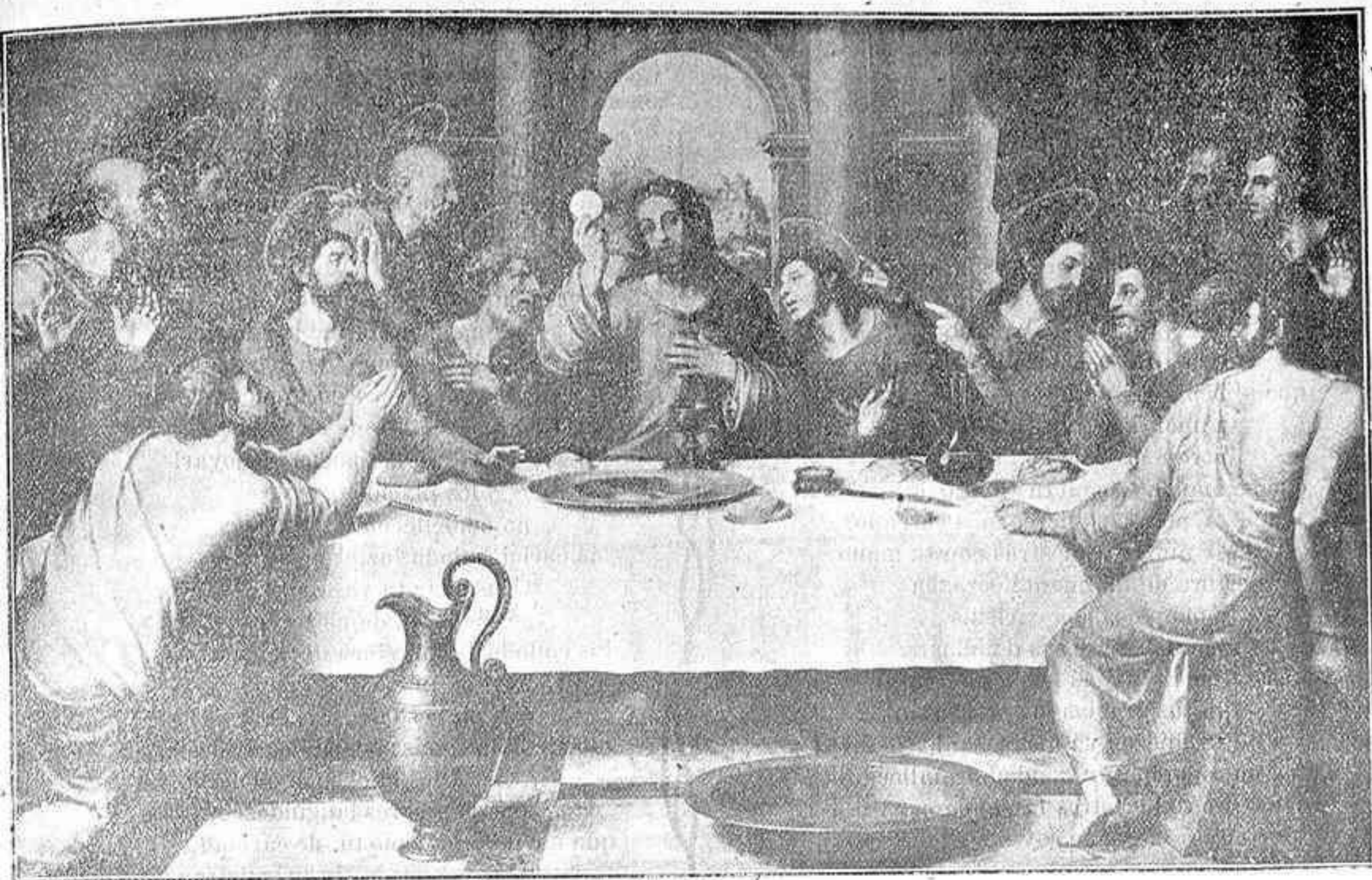
Allá en la ilustre Bizancio, inmortalizada por Constantino, está mirando al hombre de perdición que vano de su saber ostenta los dones que le otorgara el cielo. En la cátedra de alto templo, revestido con pomposa magnificencia, enarbola el estandarte del cisma, arrastrando gran tropel de pueblos que extraviados por la señal pérdida y deslumbradora, desoyen las amonestaciones y consejos que les dirige la Cátedra de la ciudad eterna. ¡Oh! quién fuera capaz de concebir el profundo y agudísimo dolor que atormentaría el corazón del Salvador del mundo, al contemplar tal cúmulo de males, al sentir en un momento toda la fuerza del daño causado en el transcurso de largos siglos! ¡quién mirara con él, tanto orgullo, tanta blasfemia, tanto horror é insensatez, tanta ilusión y seducción, tantos medios, tantos afanes y fatigas para perder millones de almas! ¡quién considerara la vanidad, la dissipación, la corrupción, el fraude, la violencia, la injusticia, los odios, las venganzas, reinantes todavía entre los cristianos, ellos que se glorían de no haberse apartado de los muros de la Jerusalén militante para abrazar las profanaciones de las gentes!

¡Ay! aparta tu vista, que bastante sufriera ya tu pecho; no los mires; del occidente desvía tus ojos; no contemples cual rompen con desprecio tus leyes más sagradas, cual despedazan de tu Esposa el seno cual ingratos! olvidan hasta el firmísimo recuerdo de amor que á tus humanos dejaste en la víspera de los tormentos y de tu muerte. No contemples cual dispersan tu rebaño los rapaces; cual en nombre tuyo siembran entre hermanos discordia horrible; cual á cien pueblos incautos el mortal veneno propinan, preparando días de luto y llanto.

Abandonado á tanto padecer, ¿es posible que te mire el alto cielo, sin darte siquiera alivio en tanta pena, en angustia tanta? no; que el amoroso ruego que elevaste al Padre celestial, en cuyo seno fuiste engendrado, subió ya hasta las gradas de su trono; de entre las nubes que acá y acullá están sembradas, se desgaja con portentoso un hermoso grupo que semeja la pena del celeste mensajero.

Debísimos reflejos despide la visión maravillosa; y descúbrese melancólico y sombrío el ángel encargado de la misión tremenda. En su semblante está pintada la tristeza; su mirada es respetuosa y de ternísimo amor; toca apenas al suelo, cuando hincada la rodilla, se prosterna ante el Hijo del hombre, y abatida la frente, besa la tierra regada con el sudor de sangre. Ya despliega sus labios; ya le habla; ¿qué le dice? Mortal no pretendas saberlo; retírate, momente lejos... no oses escuchar las palabras que articula el mensajero divino, al proponerse confortar al que criara al mensajero y el mundo...

JAIMÉ BALMES.



LA SANTA CENA

CUADRO DE JUAN DE JUANES, QUE SE CONSERVA EN EL MUSEO DEL PRADO, DE MADRID

El cordero pascual, sagrado emblema
de Víctima suprema,
todo el pueblo judaico disponía,
mientras el verdadero
reparador y celestial Cordero
al odio ciego la traición vendía.
De derramar la sangre redentora
se aproxima la hora;
hora que al tiempo precedió en la mente
del Hacedor Eterno;
hora que con terror provocó el infierno
y al Cielo abisma en pasmo reverente.
Mas, en tanto la Víctima sublime
cuya sangre redime
a un maldito criminal, y el fin espera
de su misión divina,
sus pasos al Cenáculo encamina
a celebrar la Pascua postrimera.
Doce varones son los que, elegidos,
cual amigos queridos
llama Jesús a su banquete augusto,
y los que deben fieles
las penas compartir, duras, crueles,
que guarda el Cielo al corazón del Justo.
Doce apóstoles son, doce tan sólo,
y la traición y el dolo
al uno forman pérfido enemigo
que, como vil serpiente,
clavar intenta el venenoso diente
en el magnífico seno que le presta abrigo.
El último es, que llega conturbado
al convite sagrado:
vedle, de horror se eriza su cabello,
y en su mirada incierta
y adusta luz, de amarillez cubierta,
del crimen lleva el infamante sello.
Jesús, empero, con serena frente
le recibe clemente,

y al alma vil del criminal aterra,
tan cética dulzura,
imaginando en su mortal pavora,
que bajo de su pie se hunde la tierra.
¿Y será ¡oh Dios! tu mansedumbre tanta,
que allí, a tu mesa santa,
el manjar gustará por ti bendito,
y llegará su boca
al caliz mismo que tu labio toca
y en que tu amor se ostentará infinito?
¡Oh! sí, miradle; de Jesús enfrente
se sienta el delincuente;
insólito temblor su cuerpo agita,
y con capacho vano
quiere encubrir bajo su helada mano
la maldición en su semblante escrita.
Mirándole el Señor, busca benigno
algún placido signo
de sincero dolor, pues su presencia
por amor conmueve.
y ya el perdón en su mirada ofrece
al despertar de Judas la conciencia.
«Uno me vende de vosotros», clama.
A tan inicua trama,
henos de horror, su indignación reprimen;
mas el divino acento
excita sólo altivo atrevimiento
en el vil corazón que alberga el crimen.
¿Por ventura soy yo?, pregunta osado
el apóstol culpado;
y, «Él lo has dicho», le responde Cristo;
«con presto pusa llega
mi tiempo ya; mas ¿y de quien me entregas?
¡feliz si nunca el sol hubiese visto!»
Dice, y huyendo la inclita cabeza
con piadosa tristeza
la infamada suerte del traidor deplora;
mientras su rabia excita

oculta voz con que necesante grita
a su oído Luzbel: «¡Marcha, ya es hora!»
Mas antes llega el venturoso instante
que el Salvador amante
previsto tiene para dar al mundo,
de admiración suspenso,
excelso muestra de poder inmenso,
perpétua prueba de su amor profundo.
Tomando el pan en sus sagradas manos,
alza los soberanos
ojos al cielo con fervor divino,
y articula un acento
que trunca el pan en inmortal sustento
y en néctar de los ángeles el vino.
¡Hecho inefable que el Empíreo asombra!
Quien prodigio le nombra,
su excelso deprime y su grandeza;
ante el sublime arcano
anodado yace el juicio luminoso
y la razón proclama su flaqueza.
Mas ¿quién, Señor, tu voluntad limita?
La Víctima infinita,
el Dios que el tiempo y el espacio mide,
el Rey del cielo y tierra,
todo ese Cáliz misterioso encierra;
en ese Pan mi Redentor reside.
¡Oh, de clemencia inescrutabile abismo!
Así se ofrece El mismo,
dejando eterno en el límite humano
su celestial convite,
y aún su Cuerpo Santísimo permite
que entre en el pecho del traidor villano.
Ya instituido el Sacramento egregio,
de su atroiz sacrificio
se espanta Judas, ciego, fascinado,
huye en veloz carrera...
donde un cordel a su garganta espera
premio final de su horrendo atentado.
JUAN NICASIO GARCÍA, 1860.

SOLILOQUIO EUCARÍSTICO

Dómine, non sum dignus.

¡Prisionero solitario
que en la cárcel del Sagrario
te encadenas con los vínculos de amor!
Suelta, suelta las prisiones,
ó en sus dulces eslabones
también prende á tu rendido trovador...
Mas no vean los querubés
que á tus ósculos me subes,
que al pensarlo ya me siento avergonzar.
¡Amor mio!, deja que huya
porque alguno no me arguya
que se mancha en mí tu aliento de azahar...
¿Y aún me quieres más cercano?
¿Y aún me muestras con tu mano
la abertura de tu amante corazón
y me pides con caricias
que te acepte sus delicias
y me elija en lo más hondo mi mansión?
¡Si tus gracias me arrebatan,
tus finezas ya me matan!
¡Ya me siento en tu bondad desfallecer!
No te muestres tan amigo:
mira bien que soy mendigo,
y á tus dones no podré corresponder...
¿Yo libar entre las flores
de tus místicos amores,
fiera avispa que á tus labios me cogi?
¿Yo á tu tálamo acercarme,
y en tu seno recostarme
y sentirte enamorado junto á mí?
Si me llevo tan inmundo
de esa ciénaga del mundo,
¿qué dirán tus cortesanos si me ven?
No, ¡Dios mio!, yo no puedo:
si contigo yo me quedo,
¿quién contigo querrá unirse, dulce Bien?
Mas si parto con enojos
de los soles de tus ojos,
¿do acogerme? ¿Do acogerme á reposar?

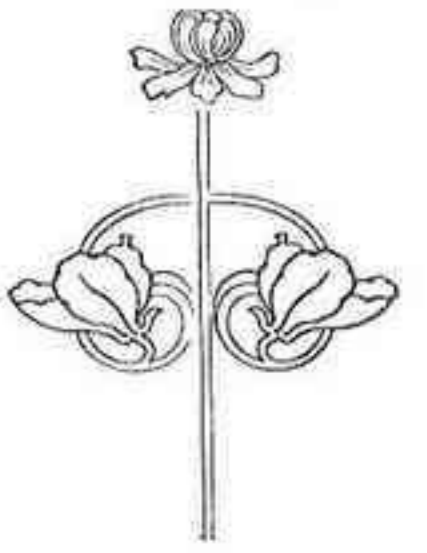
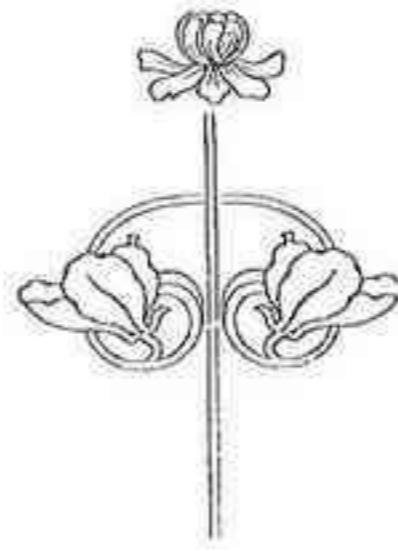
¡Que he encontrado en ellos lumbre
y cariño y dulcedumbre,
y sin ellos voime ciego á despeñar!
¡Y me dicen que te mueres
si te niego mis quererés,
pues con ellos se te cura el mal de amor!...
En tu cárcel escondido,
me has herido, me has herido
como al ciervo el encubierto cazador.
¡Dios de amores!, no me niego;
á tus ósculos me entrego.
¡Si soy pobre, tú me puedes enjorar!
¿En los plácidos abries
no embellecen los pensiles
las caricias de la luz crepuscular?
Con rozar tu vestidura
se vistieron de hermosura
los collados y las viñas de Egipto...
Y si el ánima se toca
con un beso de tu boca,
¿dónde hallar más encendido carnesí?
Ven, ¡Dios mio!, que adolezco,
que de amores languidezco,
que me muero, como tú, de caridad...
¡Que me quedo sin tus mieles,
como quedan los vergeles
cuando el sol se les veló en la tempestad!
Pediré á las avecillas
sus festivas tonadillas,
y su mágico cantar al ruiseñor,
y sus risas á las ondas,
y sus besos á las frondas,
porque duermas entre arrullos, ¡dulce amor!
¡Abrazados serafines!,
de los místicos jardines
que rodean los recintos de Salem.
derramadme á manos llenas
alelías y azucenas,
porque El mire en mis entrañas otro Edén...

JUAN LAGUÍA LLITERAS.

LA EUCARISTIA

¿Qué misterio de amor resite en tí,
Que abandonado á tu divino afán,
Del cielo en forma de sagrado pan
Bajas Señor, hasta llegar á mí?
¿Como tan gran prodigio merecí?
¿Donde escritos los méritos están,
En esta prole misera de Adán,
Para encontrarse sustentada así?
Como la madre presta su calor
Y alimenta con sangre de su ser
Al fruto imagen de su casto amor,
De la misma manera tu poder,
Hace que pueda el hombre pecador,
De su propia flaqueza renacer.

JOSÉ SELGAS





EL BESO DE JUDAS

«Aquel á quien yo besare, ese es, prendedle.»

Jesús, después de haber comido la Pascua con sus apóstoles y habernos dejado la institución adorable, sublime, llena de amor infinito por parte de un Dios hacia sus criaturas, el Santísimo Sacramento del Altar; pronunciando las palabras sacrosantas, que se vienen repitiendo en todo el orbe, á través de los siglos y de las generaciones todas; después de haber lavado los pies á sus discípulos dándonos un ejemplo de humildad verdaderamente prodigioso, y haber ensalzado á la Magdalena, cuando derramó el unguento precioso á las plantas del Salvador, salió del cenáculo y se dirigió al Huerto de Getsemani para padecer allí aquel sudor de sangre tan copioso, que le postró en tierra, necesitando que un ángel viniera á confortarle y animarle á beber el cáliz de la amargura, para desagraviar con su sacrificio al Creador Eterno ofendido desde el pecado de Adán y redimir á la humana prole que se había visto arrojada á Paraiso á consecuencia de la culpa cometida por sus primeros padres.

Y nos dicen los mismos evangelios que aquél ánimo divino, que tranquilizó á los apóstoles, cuando pescadores en la barca, creían zozobrar en medio de la tormenta que rugía á su alrededor, aquel poder que dió oído á los sordos y luz á los ciegos, el cual con su sola palabra resucitaba á los muertos y devolvía la paz á los que la habían perdido, aquel refugio Todopoderoso que nos dice: «Venid á mí, cuantos estáis afligidos, que yo os aliviaré»; ese mismo Cristo, Dios Omnipotente, empezó á entristecerse y angustiarse.

San Lorenzo Justiniano, investigando la causa, el porqué de ese terror, exclama: «¿Qué es esto, Señor? ¿se entristece el que es la alegría de los tristes? ¿Se atemoriza la fortaleza? ¿teme el poder? ¿te llaman Dios de los ejércitos y lo eres, y te asusta la pelea? Yo quisiera saber la causa de este pavor, yo quisiera pene-

trar ese misterio. Conoce, pues, oh hombre la dignación de tu Salvador. Se inclina á ti para elevarte á sí, se humilla por ti para exaltarte en sí.»

Mas pasado ese momento de angustia, ante el cual se pasma el alma cristiana por la majestad y misterio que encierra; se levanta el Redentor que ya se oyen á lo lejos rumores de voces, ecos del acontecimiento que vá á tener lugar, ya brillan en la oscuridad las espadas, aparecen luego antorchas encendidas y espadas y antorchas semejan puntos luminosos precursores de la victoria, que después de un padecer espantoso, tras un drama sangriento como no pudo el hombre formarse idea ni ha vuelto á repetirse jamás, nos abrirá las puertas de la Jerusalem Celeste.

¿Qué espectáculo debió presentar el Huerto en aquellos momentos! De un lado, un grupo reducido: Cristo en pie, con su mirada de inefable ternura aguarda, rodeado de un corto número de los suyos, la llegada de los que han de prenderle... Del otro, soldados romanos, escribas y fariseos, los príncipes de los Sacerdotes, una oleada de inmensa muchedumbre que ciega de ira, desbordante de rabia infernal, solo ansia, cual fiera rugiente alrededor de su presa, concluir con el Cordero mansísimo, cuyo solo crimen es el haber derramado á manos llenas los beneficios sobre ellos; delante de todos va Judas, el apóstol renegado, el traidor infame que por el precio vil de treinta denarios, vende á su Maestro, vende á su Señor, y el cual dominado por la pasión de la avaricia, por la sed del oro que le tiene cogido como con garfios y tenazas de hierro, se dirige á los Sacerdotes y Escribas y les dice: *Aquel á quien yo besare, ese es, prendedle.*

En sus ojos se vislumbra la codicia y la idea de la venganza que germinó en su alma entregada á Satanás, sus labios se disponen á cometer el sacrilegio más grande que ha registrado la historia; sin que nadie se lo impida, sin que ni los cielos caigan sobre el discípulo maldito que besa á su Maestro, ni la tierra

se extremeza en presencia de tal atentado, se acerca á Jesús diciéndole: «Salve Maestro»—*Le besó.*

Al llegar á este punto del Evangelio, exclama Fray Luis de Granada: «Cristo es vendido de quien había hecho, no solamente discípulo, sino apóstol, y es vendido á cruelesísimos mercaderes que no quieren más de El que la sangre y pellejo para hartar su hambre.»

¿Y qué! ¿Judas emplea para vender y entregar á su Señor, la señal de paz, de cariño y afecto sincero? En el mundo cuando queremos probar nuestra amistad y ternura, qué hacemos sino dar un beso, depositar ese ósculo de amor en el rostro de aquellos que nos son queridos?

¿No fué una villanía en Judas, una explosión de odio más que feroz, en el momento preciso en el cual iba á entregar á Cristo en poder de sus crueles enemigos que le habían de abofetear, de llenarle de salivas la faz, de heridas el cuerpo, coronarle de espinas y hacerle morir en una cruz, darle en presencia de todos una prueba que es tan sólo de amistad? ¿No podía haberle vendido sin necesidad de mofarse de El? ¿No es una sangrienta burla, una punzante ironía el besar al que va á entregar á la muerte?

Y sin embargo, no nos dice el evangelista, que Jesús le rechazase; á nadie hubiera extrañado que Cristo, movido de justa indignación, se hubiera apartado

de aquel monstruo de ingratitude; que si pensamos en la ofensa que fué y nos acordamos de que por muchísimo, infinitamente menos, arrojamos de nuestro lado á cuantos nos han molestado; es justo creer que Jesús estaba en su derecho, si hubiese maldecido al infame que le hacia traición y le vendía con un beso!

¡Pero, ah! que en el Corazón amante del Redentor todo es dulzura inagotable, todo es amor, hasta para Judas... Vé aquella alma ennegrecida por el pecado, y queriendo darle una última prueba de su ternura inmensa, desando el Buen Pastor hacer un postrer esfuerzo para atraer al redil la oveja descarriada, la cual pagaba sus favores, entregándole al lobo rapaz, que le estaba esperando para despedazarle, y, con acento suavísimo, de tierno reproche, le contesta: «Amigo, ¿á qué has venido? ¿Así me vendes, con un beso?»

En la vida del Redentor, en esa serie no interrumpida de acciones de sublime ternura, del cariño más profundo que existir pueda, ya que es un Dios el que ama á sus criaturas, este acto de Jesús, devolviendo el saludo á Judas, constituye, para mi ver, uno de los actos más hermosos, más consoladores, entre los innumerables que nos ofrece la Pasión y Muerte de Nuestro Salvador.

MARÍA DE ECHARRI.

P I L A T O S

Tres rasgos principales constituyen por decirlo así, la fisonomía moral del desdichado gobernador de Jerusalén en los días críticos de la pasión del Salvador.

Las circunstancias exigían para su puesto un hombre de firmeza, y Pilatos era la misma debilidad; un hombre independiente, y Pilatos era esclavo del respeto humano; un hombre de justicia, y Pilatos nunca pretendió ser más que un hombre de conciliación.

Imagen de él son tantos hombres de bien de nuestros días; no persiguen á la verdad, pero tampoco toman cartas por ella; creen que lo sumo de la prudencia, consiste en una cierta neutralidad que les haga bien vistos, así de los amigos como de los enemigos; lo demás fuera ¡librenos Dios! exponerse á graves riesgos. ¡Infelices!

La neutralidad, aún humanamente hablando, no es siempre el mejor sistema; Pilatos pudo vivir en ella más ó menos tiempo, pero un día la marea subió, subió y tanto subió que llegó hasta el atrio de su palacio, y fué preciso decirse.

A Judas Iscariote

CUANDO VENDIÓ Á CRISTO SEÑOR NUESTRO

Viendo el misero Judas que, vendido el angélico que en Cristo fué vendido, si no se derramara á muchos pobres hombres remediará por salir con su tema y su porfía vendió al mismo Señor que le tenía, y de aquesta manera dió remedio á más pobres que quisiera.

No entendáis que amistad os hace Judas, ánimas fieras, de piel adustada, pues lo que á él le fué dado por el mismo Señor, que fué entregado hoy por treinta dineros lo vende á vuestros Príncipes severos; mas no es razón que la llaméis codicia á la que tuvo Judas, ni avaricia; pues antes fué largueza dar por poco dinero tal riqueza.

Á LAS LLAGAS DE CRISTO

¿Que llagas son aquellas de las manos que en vuestra desmedez fueron mi abrigo?
¿Que golpes son aquellos inhumanos?
¿Quién dió licencia en Vos á tal castigo?
Dió licencia el amor á los humanos.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y LLERAS.

SOLILUQUIOS AMOROSOS DE UN ALMA A DIOS

I

Manso cordero ofendido
Puesto en una cruz por mí,
Que mil veces os vendí
Después que fuiste vendido;
Dadme licencia, Señor,
Para que, deshecho en llanto,
Pueda en vuestro rostro santo
Llorar lágrimas de amor.

¿Es posible, vida mía,
Que tanto mal os causé?
¿Que os dejé, que os olvidé
Ya que vuestro amor sabía?

Tengo por dolor más fuerte
Que el veros muerto por mí,
El saber que os ofendí
Cuando supe vuestra muerte.

Que antes que yo lo supiera,
Y tanto dolor causara,
Alguna disculpa hallara,
Pero después no pudiera,

¡Ay de mí, que sin razón
Pasé la flor de mis años
En medio de los engaños
De aquella ciega afición!

¿Qué de locos desatinos
Por mis sentidos pasaron,
Mientras que no me miraron,
Soñ. vuestros ojos divinos!

Lejos anduve de Vos,
Hermosura celestial,
Lejos y lleno de mal,
Como quien vive sin Dios.

Más no me haber acercado
Antes de ahora, sería
Ver que seguro os tenía,
Porque estabades clavado.

Que á fé que si lo supiera
Que os podíades huir,
Que yo os viniera á seguir
Primeró que me perdiera.

¡Oh, piedad desconocida
De mí loco desconcierto,
Que donde vos estáis muerto
Está segura mi vida!

Pero ¿qué fuera de mí
Si me hubiérades llamado,
Habiéndome transformado
En lo primero que fui?

Bendigo vuestra piedad,
Pues me llamáis á que os quiera,
Como si de mí tuviera
Vuestro amor necesidad.

Vida mía, Vos á mí
¿En qué me habeis menester,
Si á Vos os debo mi ser,

Cuanto soy y cuanto fui?

¿Para qué puedo importaros,
Si soy lo que Vos sabéis!

¿Qué necesidad tenéis?

¿Qué cielo tengo que daros?

¿Qué gloria buscáis aquí?

Que sin Vos, mi bien eterno,

Todo parezco un infierno;

Mirad cómo entráis en mí.

Pero ¿quién puede igualar

A vuestro divino amor?

Como Vos amáis, Señor,

¿Qué serafín puede amar?

Yo os amo, Dios soberano,

No como Vos merecéis,

Pero cuanto Vos sabéis

Que cabe en sentido humano.

Hallo tanto que querer,

Que estoy tan tierno por Vos,

Que si pudiera ser Dios

Os diera todo mi ser.

Toda el alma, que Vos llena,

Me saca de mí, Señor;

Dejadme llorar de amor,

Como otras veces de pena.

II

De mi descuido, señor,
Dicen que tenéis cuidado;
Pues si á Dios cuidado he dado
¿Cómo no le tengo amor?

Yo pensaba que os amaba

No más de porque os quería.

Quien tales obras hacía

Lejos de amaros estaba.

Deciros amores yo

¿Que importa en tantos errores?

Obras, Señor, son amores;

Que buenas razones no.

¡Ay, Señor! ¿Cuándo seré

Tal como Vos deseáis?

Si no os amo y Vos me amáis,

De mí y de Vos ¿qué diré!

Diré de Vos que sois Dios,

Y de mí que no soy hombre;

Que aun no merece este nombre

El que no os conoce á Vos.

¡Ay ciegos errores míos!

Abridme, Señor, los ojos

Para ver vuestras enojos

Y entender mis devarios.

Dadme bien á conocer

Lo que va de Vos á mí;

No miréis á lo que fui,

Sino á lo que puedo ser.

.....



Vida de toda mi vida,
 No de toda, que fué loca;
 Pero vida desta poca
 A vos tan tarde ofrecida;
 Véisme aquí, dulce Señor,
 Enamorado y corrido
 Del tiempo que no he tenido
 A vuestra hermosura amor,
 Queredme, pues tanto os quiero
 No aguardéis á que mañana
 Me vuelva en ceniza vana,
 Que lleva el viento ligero.
 Que si entonces me buscáis,
 Por dicha no me hallaréis
 Pues que vos solo sabéis
 El término que me dáis.
 Siendo tan fiero mi culpa,
 Parece que os hago fieros;
 Perdonad si es ofenderos
 Daros la vida en disculpa.
 Vos sabéis su brevedad,
 Y yo sé que os ofendí;
 Vos sabéis lo que hay en mí,
 Y yo sé vuestra piedad.
 No por tener confianza,
 Mas porque la fe me muestra
 Que en la misma sangre vuestra
 Se ha de poner la esperanza.
 Si no templais los enojos,
 Tomad, Señor entretanto
 Este presente de llanto
 En el plato de mis ojos.

III

Dulcísima vida mía,
 En quien la inmortal está,
 Por quien vivo y por quien ya
 Morir mil veces quería.
 Cuando en esa cruz os miro,
 Puesto que tantas se os ven,
 No tenéis llaga, mi bien,
 Que no me cueste un suspiro.
 Queda el sentimiento en calma
 Del consuelo que procuro,
 Porque pienso que las curo
 Con el aliento del alma.
 Entristézcame de suerte,
 Que á veces, Señor, quisiera
 Que un ángel por vos muriera,
 Por no sentir vuestra muerte.
 Más luego vuelvo, mi Dios,
 A pensar que me obligará
 Tanto, que me enamorara,
 Como yo lo estoy de vos.
 Mejor es que á vos os deba,
 Dulce Jesús, tanto amor,
 Aunque ver vuestro dolor
 A tanto dolor me mueva.

Cuando niño, os contemplaba
 Niño en brazos de María,
 y en su divina alegría
 Tiernamente me alegraba.
 Más hombre, y hombre tan malo,
 Que no hacéis ley que no quiebre
 Ya no os busco en el pesebre,
 Sino clavado en un palo.
 Cuando vuestra madre sale
 Con tal Agnus por joyel,
 No hay rosa, lirio y clavel
 Que vuestra hermosura iguale.
 Más cuando, Cristo amoroso,
 De la cruz pendiente os ven,
 Como me hacéis mayor bien,
 Me parecéis más hermoso.
 Porque con esas corrientas
 Y llagas dulces y hermosas,
 Todo sois lirios y rosas,
 Todo jardines y fuentes.
 Que esas espinas divinas
 Son para enseñar, mi Dios,
 Que aunque sois jardín, en vos
 Se ha de entrar por las espinas.
 Pues dejadme entrar Señor,
 A coger rosas tan bellas;
 Descanse el alma con ellas,
 Que se desmaya de amor.
 Causais amor tan profundo,
 Muerto de amores, mi Dios,
 Que envidia los que por vos
 Parecen locos al mundo.
 No hay amor, no hay voluntad
 En cuantos el mundo admira,
 Porque todos son mentira,
 Y sólo amamos verdad.
 Dulce Señor de mi vida,
 Es vuestra lumbre tan cierta,
 Que en llegando á vela muerta,
 Queda por vos encendida.
 Rebelde estuve primero,
 Y en ofenderos constante
 Mas ya labró mi diamante
 La sangre de tal Cordero,
 No le tengáis en prisión:
 Dad lugar ¡oh, Cruz suave!
 A que los brazos desclave
 Para que me dé perdón.
 Que pienso, aunque le ofendí
 Con tanta mortal flaqueza,
 Que ha bajado la cabeza
 Para decirme que sí.
 Pero dejadme llorar;
 Que aunque habéis por mí pagado,
 Ya para el menor pecado
 Me parece corto el mar.

LOPE DE VEGA.





LA CAIDA CON LA CRUZ Á CUESTAS
Escultura de Sotillo

ENCUENTRO DE LA VIRGEN SANTÍSIMA CON SU DIVINO HIJO

Llega la Virgen donde el Hijo estaba;
Ella le mira y El la mira á Ella;
Ella llora por El, y El por Ella,
Y por los dos la tierra se regaba.

Ambos se miran, mas ninguno hablaba;
Con los ojos publican su querella;
El ve su muerte en los ojos de Ella
Y ella en los de El el mal que la mataba.

Mas el impio pueblo, que entendia
Que aliviaba su pena en tal jornada,
Ver á su Madre en el dolor presente.

Al punto apartan al Hijo de Maria,
Del Hijo apartan á su Madre amada,
¡Juzgue quien sabe cuál más pena siente!

FRAY DIEGO MURILLO.



LA CAIDA

Al Gólgota, Jesús con paso lento,
bajo el duro madero, que el pecado
En su espalda divina ha colocado,
Dirigese afanoso y sin aliento.

Lo empujan con feroz empujamiento
Los sayones y el pueblo desalmado,
Y el humilde Cordero inmaculado
Cae rendido y exangüe... ¡cruel tormento!

Bien te cuesta, Señor, el desvarío
Que del hombre causara la caída...
Y yo también, mi Dios, con mi desvío!...

Yo he cargado en tu espalda dolorida
Esa cruz... Más... existe; Jesús mio,
¡Porque yo me levante á eterna vida!

V. JÁUREGUI.

COMPENDIO DE LA PASIÓN

Rabiosa envidia, odiosos pensamientos,
Veudimiento perverso, precio impuro,
Sabor de sangre, angustias, miedo oscuro,
Linternas, armas, duros atamientos;

Jueces de sangre y fariseos sedientos,
Caída del colegio más seguro,
Testigos falsos, acusar perjuro,
Bofetadas y látigos sangrientos;

Temor de Ponce, temerarias Voces,
Salivas sucias, grana y blanco velo,
Espinas, golpes, hiel, clavos atroces;

Ladrones, tra infame, desconsuelo,
Lanza, blasfemias de émulos feroces,
Causaron pena y muerte al Rey del cielo.

FRAY ARCANGEL DE ALARCÓN.



Vulgarización científica

Materialismo Iconográfico

La primitiva iconografía cristiana no fué realista, fué simbólica. Dos razones poderosas habia para que así fuese: una en el orden material y otra en el orden espiritual. La persecución encarnizada de que los primeros cristianos fueron objeto cohibió a los artistas, y el temor a la irreverencia de presentar al Hijo de Dios clavado en el patíbulo de la cruz, de la misma manera que aún entonces se hacia con los malhechores, fué razón suficiente para perpetuar un simbolismo más ó menos ingenioso.

A la figura geroglífico-anagramática del pez, sucedió la del Buen Pastor y más tarde aparecieron las cruces, en las que fué esbozándose al principio muy tímidamente la humana figura del Salvador.

Cuando llegó el momento de la libertad para esculpir y pintar, prodújose una violenta reacción en el arte cristiano y la reserva mística, el espiritualismo respetuoso de los primeros tiempos, fué reemplazado por un desenfreno de verismo artístico, que produjo tan terribles imágenes como el Cristo de Van Dyck, chorreante de sangre y gravemente herido en la región hepática.

Tratóse, por fin, de armonizar la verdad histórica con la representación material del acto de la crucifixión y comenzaron los artistas a documentarse en los sagrados textos; pero cayeron en lamentables aberraciones por su falta de preparación para entender é interpretar las Escrituras, á la par que, por un excesivo afán de originalidad, cometieron grandes herejías. Pintáronse cuadros de ambiente oriental, como el de Morell, obra de arte maravillosa, pero en la que no es posible reconocer á Cristo.

No fueron los escultores mucho más afortunados, si bien es cierto que lograron resolver algunos problemas anatómicos sin perjuicio de la estética y de perfecto acuerdo con la frase del Evangelio que dice: *Et inclinato capite, tradidit spiritum*. En efecto, resulta imposible, en un crucificado pendiente de ambos brazos, la flexión de la cabeza sobre el pecho, tal como la pintaran y esculpieran algunos grandes maestros. La tensión forzada de los brazos, de los cuales pende todo el peso del cuerpo, eleva las escápulas de tal manera que el cuello queda insculcado entre estos huesos y tras las clavículas, haciendo que las vértebras cervicales no permitan la inclinación de la cabeza hacia

delante, pero sí lateralmente. Estas razones anatómicas fueron sabiamente respetadas y tenidas en cuenta por Guido Reni, Van Dyck, Goya y Constantini.

Esculpiéronse Cristos atléticos y Cristos emaciados hasta un extremo inverosímil en una persona humana de 33 años de edad, cuyo suplicio no pasó de 24 horas, tiempo que algunos artistas aficionados á la fisiología consideran suficiente para justificar la representación en el cuerpo de Nuestro Señor de todos los síntomas de la inflamación, edemas y equimosis consecutivas á los numerosos traumatismos de la flagelación y enclavamiento.

Se agotó el repertorio de las alteraciones anatómicas *pre y post mortem*, sin tener en cuenta que es absurdo, pueril y herético todo intento de autopsia sobre el divino cuerpo de Jesús Crucificado. Cuerpo humano, ciertamente, tan humano, que nació, creció alimentándose y conoció el hambre y la sed; porque (excepción hecha del pecado) se sometió á todas las humanas miserias, sin exceptuar el dolor y la muerte; pero ese cuerpo no podía llegar á ser cadáver en la acepción etimológica de la palabra. Era el cuerpo de Dios-hombre, en quien se cumplió la profecía de David (Salmo XV-versículo X) *Nec dabis Sanctum tuum videre corruptionem*. Por eso, una vez consumado el hecho de la redención, dice Santo Tomás, sucedió necesariamente que su cuerpo permaneciese íntegro por virtud de la divinidad que le estaba unida (Cuestión CI, artículo III de la Suma Teológica).

El arte no debe limitarse á ser una reproducción de la verdad (procedimiento fotográfico sino una interpretación de lo que el artista ve y siente, tal como lo siente, tal como lo ve, relacionando lo que siente su alma con lo que ven sus ojos. Por algo se dijo también que el arte es la naturaleza vista á través de un temperamento que siente la belleza. Por eso las obras de arte cristiano solo son obras de arte cuando son obras de sentimiento, y estas obras no las realizan los artistas sin fe.

El materialismo iconográfico, el verismo, nunca podrá preponderar en arte cristiano y menos aún, refiriéndose á la figura del Redentor, de quien dijo el Crisóstomo: ¡No es un simple mortal, el que ha sido crucificado. Y cómo si de un simple mortal se tratase, quieren los partidarios del verismo artístico anatomizar sobre el cuerpo crucificado del Salvador.

¡Aquel cuerpo, que desde su nacimiento en el portal de Belén, comenzó á gravitar hacia los cielos!

JUAN LÓPEZ DE REGO.

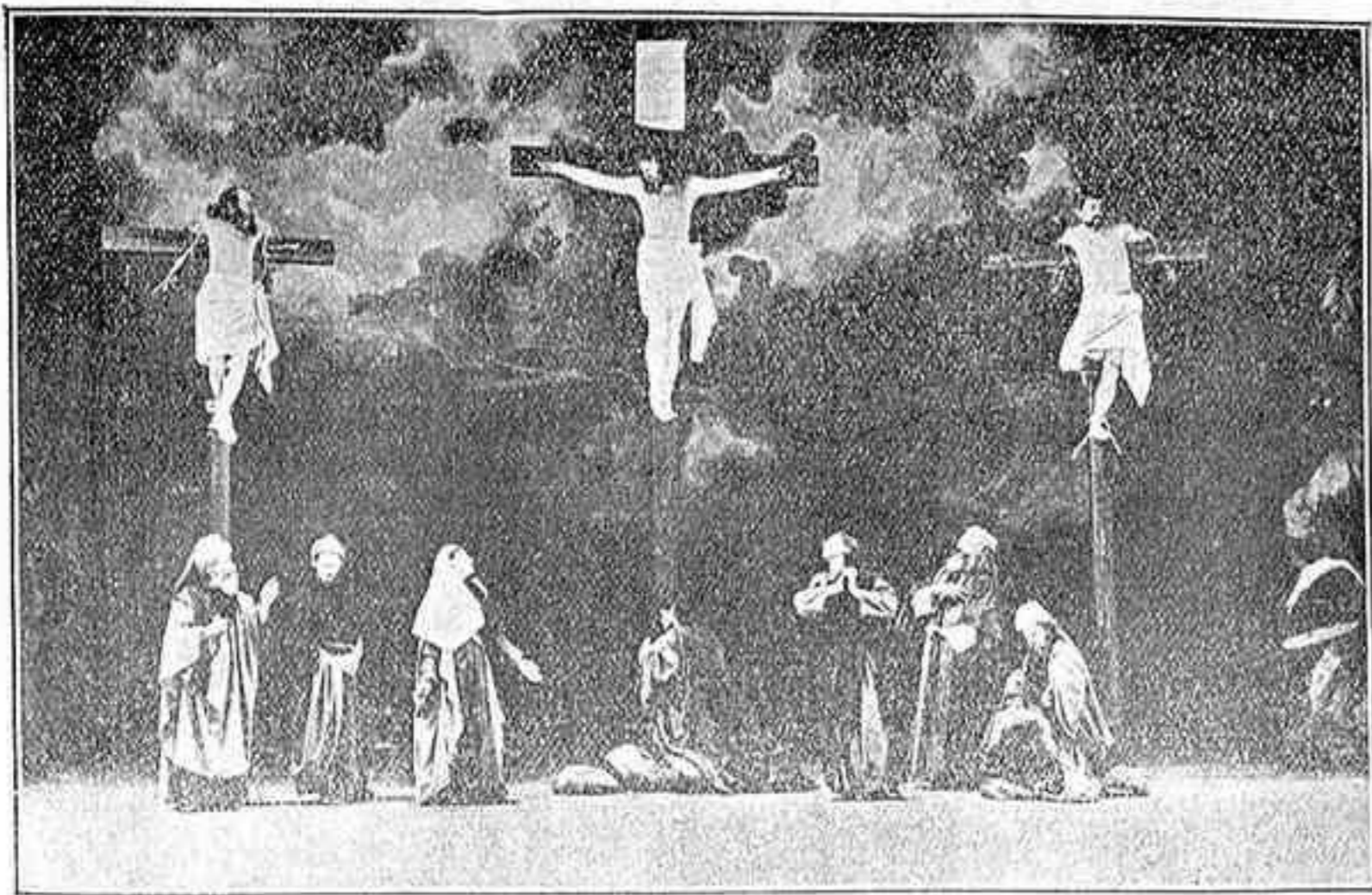
Á JESÚS CRUCIFICADO

Cinco ríos corrientes
salen, mi Dios, de vuestros miembros fríos;
yo, por ver hechos fuentes
los secos ojos míos,
síentome á las riberas destes ríos.
Aquí lloro mi culpa,
lleno de confusión y gran espanto;
mas viendo tal disculpa,
crece en la tierra el llanto,
donde estoy desterrado y lloro tanta.
De ver vuestras entrañas,
vuestras manos y pies están ya fríos
con heridas tan feas,
corren tanto los ríos,
que los hacen crecer los ojos míos.



Y viendo de tal suerte
al que en el cielo dicen ¡Santo, Santo!,
al poderoso y fuerte,
luego se viene el llanto
si alguna vez por consolarme canto;
mas viendo los despojos
de que esta muerte vuestra queda llena,
se acaban mis enojos,
aunque la tierra ajena
es casa para mí de tanta pena.
El verme desterrado
en este suelo con tormento tanto,
me tiene en tal cuidado,
en tal pena y quebranto,
que tengo por mejor volverme al llanto.

LIC. JUAN LÓPEZ DE UREDA.



LA MUERTE DE JESÚS

¿Y eres tu el que velando
la excelsa majestad en nube ardiente,
fulminaste en Sinaí? Y el impio bando,
que eleva contra tí la osada frente,
¿es el que oyó medroso
de tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ahora abandonado
¡ay! pendes sobre el Gólgota y al cielo
alzas gimiendo el rostro lastimado.
Cubre tus bellos ojos mortal velo,
y su luz extinguida,
en amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena;
amor más poderoso que la muerte.
Por él de la maldad sobre la pena
el Dios de las virtudes, y el león fuerte
se ofrece al golpe fiero
bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa,
aute siglos de siglos degollada!
Aun no ahuyentó la noche pavorosa
por vez primera el alba nacarada,
y hostia del amor fiero,
moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay!, ¿quién podrá mirarte,
oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
al golpe acerbo del dolor profundo,
viendo que en la delicia
del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales
de esas sangrientas lagos, amor mío?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
de horror y palidez? ¿Cuál brazo impío
á tu frente divim
ció corona de punzante espinas?

Cesad, cesad, crueles;
al Santo perdonad, guerra el malvado.
Si sois de un justo Dios ministros fieles,
eniga la dura pena en el culpado;
si la impiedad os guía
y en la sangre os ceblais, verted la mía.

Mas ¡ay! que eres tu sólo
la víctima de paz, que el hombre espera.
Si del Oriente al escondido polo

un mar de sangre criminal corriera,
ante Dios irritado,
no expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo
su cólera en diluvios descendía,
y á la maldad que dominaba el suelo,
y á las malvadas gentes envolvía,
de la diestra potente
deposó Sabaotí su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
de los montes el agua vengadora;
el sol, amortecida la alba lumbre,
que el firmamento rápido colora,
por la esfera sombría
cual pálido caláver discurría.

Y no el coño indignado
de su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,
donador de la muerte y del averno,
tu cólera infuñita
extinguió en su sangre solícita.

¿Oyes, oyes cual clama:
Padre de amor, por qué me abandonaste?
Señor, extingue la funesta llama
que en tu furor al mundo derramaste;
de la acerba venganza
que sufre el justo nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga
el rayo entre las manos del Potente?
ya de la muerte la tiniebla vaga
por el semblante de Jesús doliente,
y su triste gemido
oye el Dios de las iras complacido.

Ven, ángel de la muerte:
esgrime, esgrime, la luminen capada,
y el último suspiro del Dios fuerte,
que la humana maldad dejó expiada,
suba al sollo sagrado,
do vuelva en padre fiero al indignado.

Rasga tu seno ¡oh tierra!
rompe ¡oh templo! tu velo. Moribundo
yace el Criador; naci la maldad muerta,
y un grito de furor lanza el profiado.
Muere... Gemid humano:
todos en El pastéis vuestras manos.

ALBERTO LISTA.

SOLEDAD

I

Ciego que ayer no lo fuera
sufre más negra ceguera
que el que en la sombra ha nacido
Triste que ayer no lo era,
dos veces hondo ha caído.

Yo un día — ¡lejano día! —
gocé de la compañía
de mis placeres mejores;
yo hebi de la ambrosia
del amor de mis amores

Yo gusté la miel sabrosa
de un vivir feliz, sereno,
lleno de fé substanciosa...
¡Puro vivir todo lleno
de grandeza religiosa!...

Pan el trabajo me daba,
la paz me lo equilibraba,
la fé me lo dirigía,
el amor me lo alegraba
y Dios me lo bendecía...

¡Santo vivir cuya historia
como una reliquia encierra
la llave de mi memoria!...
¡Era lo que hay en la tierra
más parecido á la gloria!

Y otro día — ¡turbio día! —
la misma mano que el cielo
de mis venturas tenía
con luz de rosa que un velo
de eterna aurora fingía.

Trajo nubes por Oriente
vibró el relámpago ardiente
con cárdenos resplandores...
y el rayo cayó en la frente
del amor de mis amores!

Y he sentido en toruo mío
las tinieblas del vacío
con sus hondas ansiedades
y he sentido todo el frío
de las grandes soledades...

Y he gritado en la arenosa
solitaria inmensidad
con ronca voz clamorosa:

No hay soledad dolorosa
como ésta mi soledad!

II

Una noche, una doliente
noche de angustia empapada,
noche de místico ambiente
que tenía el peso ingente
de la culpa consumada...

Una noche religiosa
fúnebremente sentida,
misticamente radiosa,
hondamente entristecida
y ardientemente amorosa...

Muchedumbre de creyentes
doloridos, reverentes,
apiñados, silenciosos,
bajas las pálidas frentes,
turbios los ojos llorosos,
llevaban, triste, delante
del cortejo entristecido,
la imagen interesante
de la Madre más amante
del Hijo más dolorido.

La miré con alma llena
de luz y calor de fé,
la vi sola, la vi buena,
y al abismo de su pena
con el alma me asomé.

¡Gran Dios! Tan honda y oscura
la sima de la amargura
mi sentimiento entrevió,
que el vértigo de la hondura
mi mente desvaneció.

Y así me dijo el sentido:
— Esa no es entraña humana
que humano amor ha perdido:
¡Es la Virgen Soberana
que madre de un Dios ha sido!

Lo dió por la pecadora,
loca y ciega Humanidad...
El Mártir ha muerto ahora...
¡La Madre de Cristo llora,
sin Cristo, su soledad!

Si siempre ha sido el amor
la medida del dolor,
dij, pecador, ¿dónde has visto
duelo de madre mayor
que el de la Madre de Cristo?

III

¡Madre mía, débil fui!
Por no ver el hondo abismo
de tu dolor ante mí,
miré dentro de mi mismo
y ante otro abismo me vi.
¡El abismo hondo y obscuro
del pecado más odioso
de este corazón impuro,
que es ingrato y velcioso,
loco y ciego, torpe y duro!

Dulce estrella marítima!
¡Virgen de la Soledad!
¡Yo también puse una espina!
sobre la frente divina
del Sol de la Humanidad!

Si Madre de Dios no fueras,
¿cómo el crimen perdonaras,
cómo mis trenos oyeras,
ni en mis lágrimas creyeras
ni al Hijo por mí rogaras?

¡Madre mía, Madre mía!
Llorando yo soledades
que eran como una agonía,
dije que nadie sufría
tan horribles ansiedades.

Y hoy que al verte duelo santo,
vistumbre, anegado en llanto,
un punto de su grandeza,
me ha causado igual espanto
tu dolor que mi flaqueza.

¡Dolorida gran Señora!
Tu Soledad ¡ay! ha sido
la segunda Redentora
de este corazón herido
que en tu Soledad te adora.

JOSÉ M. GABRIEL Y GALÁN.

A CRISTO CRUCIFICADO

Alma, pues el que á todos dió la vida
por todos y por tí gustó la muerte,
procura tú seguirle hasta la muerte,
si quierís gozar en El de eterna vida.

Y pues muriendo, rescató la vida,
y con su muerte destruyó tu muerte,
procura tú seguirle, porque muerte
te quita el cuerpo, pero no la vida.



Mira ¡oh alma! á tu Dios hecho pedazos
mirale reputado entre los muertos,
por rescatarte á tí de los pecados.

Mira bien la piedad de aquellos brazos,
que para recibirte están abiertos
y para castigarte están clavados.

BALTASAR DE ALCÁZAR.

Cristo y Magdalena

Digas, hortelano:
¿Quién llevó de aquí
el santo difunto?
¡Ay triste de mí!
Dí, fiel hortelano
que guardas el huerto:
¿Quién llevó el difunto
que estaba aquí muerto?
Yo le dejé, cierto,
yo le dejé aquí.
¿Quién me le ha escondido?
¡Ay triste de mí!

—Respóndeme, dueña,
que Dios te consuele:
¿quién es el difunto
que tanto te duele?
Dios te lo revele,
como tú descas,
porque tú le veas
y él te vea a ti.

—¡Ay! Si tú lo sabes,
dí, quién le llevó:
consuela la triste,
que tal bien perdió
¿Quién te me escondió?
¿Triste y afligida,
que fuerza mi vida
ya no queda en mí!

—Ya, pues, que le amabas
¿por qué le dejaste
en lugar tan yermo,
do le sepultaste?
¿Por qué no velaste
aquestos tres días,
pues tanto temías
de dejarlo aquí?

—La piedra pusimos
en la sepultura,
por ir con la madre,
llena de amargura.
¿Triste y sin ventura!
¿Dónde iré a buscarlo?
Que no sé donde hallé
el bien que perdí.

—Un cuerpo ya muerto
tú ¿qué le harías?
Si yo te lo muero,
dueña ¿cómo darías?
Que tú no podrias
en colgar ponerle:
que sólo moverle
no es posible a ti.

—Y podré llevarle,
según me veñas:

que mujer tan fuerte
nunca fué jamás,
porque amor me fuerza.
Según es mi fuerza,
poco es para mí.

—Sólo verle muerto
te desmayará:
que está sepultado
de tres días ya;
y, hombre que así está,
¿a quien quiera espanta.
No es tu fuerza tanta
cual piensas de ti.

—Debes saber poco
de ciencia, de amor;
que el amor, do mora
no sufre temor.
Si tú a mí Señor
tienes encubierto,
hallar yo tal muerto
vida es para mí.

—¿En qué te podrás
gozar con un muerto,
tan desoyuntado

y el costado abierto;
encallado y yerto,
los ojos cerrados,
tres días pasados
que fué puesto aquí?

—En estos mis hombros
yo le llevaré,
y de mí congoja
ya descansaré:
y así cumpliré,
cuando yo lo viere,
lo que el amor quiere,
pues lo quiere así.

Será como dices,
que al fin mujer eres;
y ese blasonar
propio es de mujeres:
que cuando le vieres
tendido en el suelo
no habrás más consuelo
que de verme a mí.

—Cualquier que sea,
puedo yo gozarte
que el amor no es hembra.

más varón muy fuerte;
y ese amor convierte
en fuerte varón
todo corazón,
como hace a mí.

—¡Oh, que nunca es fuerte
amor en mujer,
que muy ligero
se suele perder!
Do falta saber
todo bien parece;
sólo permanece
presumir de sí.

—¡Bien puedo decir
¡ay nombre terrible!
que el amor perfecto
nunca fué movable;
que si amor falible
se desmaya presto,
el firme y honesto
no lo hace así.

—Aún eso que dices,
yo lo sé mejor:
que ha más de mil años
Más perfecto amor,
en mujer ninguna,
(salvo en sola una)
yo nunca le ví.

—Responde con tiento,
hombre, que me espantas:
que hay en la escritura
mujeres muy santas.
Habla de tus plantas
y tus hortalizas:
que, ó tu profetizas,
ó burlas de mí.

—Las mis hortalizas,
árboles y plantas,
son las mis sentencias
y palabras santas;
más, pues, que te espantas
en que así me muestro
yo soy tu maestro
Cana, vesme aquí.

—¡Oh, santo Maestro!
Señor de señores,
desatas mis hierros
tus dulces favores;
porque los errores
que el saber no excusa
muy segura excusa
tienen ante ti.

JEAN DE TIMONEDA.



LAS TRES MARIAS ANTE LA PUERTA DEL SEPULCRO